

1. En sus rodillas

– Juntaos más, que así no cabemos.

Venga...

Unos encima de los otros, vamos...

Los más altos al final detrás de todos
otra fila sentados de los mayores también
y nosotros de pie y delante, por pequeños
es que así no nos tapan...

Familia completa.

Me ha sentado en sus rodillas
directo, rápido, sujeta mis hombros.

Fuerte, recio.

Me revuelvo e intento levantarme
bajar con mis primas,

quedarme delante por pequeña
donde mis pies no toquen aire
con mi hermana, mi hermano
o detrás donde mi madre
o con mi padre.

Pero me sujeta y
nadie mira y nadie ve.

Invisible.

Silencio.

2. La foto

– ¡Qué arisca esta niña! – ríen.

Entramado de manos, brazos y cuerpos
unidos, juntos. O no.
Solo está ÉL
y en la mezcla de olores
solo su olor destaca, intenso. Grande.
Inmenso. Invasor.

Me debato.
Nada.
Y su aliento es sólido, denso
jadea, su morro en mi nuca,
eterno el tiempo paralizado
y eterno también el tiempo de esta fotografía.

– Estate quieta, es solo un momento,
para la foto – ladra.

– Que no quiero – pretendo levantarme.

Nadie ve. Nadie sabe.

No hay momentos,
lo oigo.
No hay instantes.
Cada vez que miro la fotografía
lo siento, eterno
su hocico en mi nuca y
aún me sujeta muchos años después.
En secreto.
Y jadea.